



# Un acercamiento a la caridad como camino de la Iglesia

## La identidad cristiana ante el reto de nuestro mundo

Conferencia pronunciada por Mons. Jesús Sainz Montes, ofm  
Obispo de Huesca y de Jaca  
Arzobispo electo de Oviedo

### 1.- Introducción

El cristianismo ha dejado de ser un referente único e identificativo en nuestra civilización occidental. Casi no nos habíamos percatado de que el paisaje cultural y religioso que habíamos vivido durante tantas décadas de nuestra biografía personal y social, estaba pacíficamente zambullida en eso que podríamos llamar "cultura cristiana". Éramos un pueblo cristiano, y como cristianos vivíamos todas las cosas: las más hermosas, nobles y resultonas, como también nuestras debilidades, trampas y preocupaciones. Podría parecer que este dato dado, era algo incuestionado e incuestionable, y que teníamos una convivencia sin sobresaltos entre las exigencias de nuestra fe, y los avatares de nuestra fatiga cotidiana.

No obstante, el hecho de que nos preguntemos sobre la realidad que conlleva el hecho de ser cristiano en medio de una sociedad que ha dejado de serlo, nos impone una constatación que indica un cambio notable de escenario: nuestra sociedad se ha secularizado, y más aún, sigue en curso su proceso de secularización.

Podemos decir que en unos se ha producido el prejuicio ante Dios como quien sospecha de su Presencia hasta hacerla lo más evitable posible; en otros ha primado el rencor hacia Él haciéndole culpable o cómplice de los desastres naturales y sociales de la historia de occidente; en otros, se ha dado sencillamente su ignorancia y su censura, sin querer emplear tiempo siquiera en desmontar el hecho religioso y todas sus matrices culturales; en otros se da el insuperable silencio de quien se ha cansado de buscar y preguntar, con la impresión de no haber encontrado a nadie ni de haber sido respondido por ninguno; y, cabría

---



finalmente otros que buscan, se preguntan, y acogen como acontecimiento inesperado e inmerecido la Revelación, sin que ello signifique una inmediatez controlable o de libre disposición, sino un Misterio que se nos da, se nos revela, en una gratuidad que no es pago por servicios prestados o fruto de nuestra conquista.

En este proceso emancipador del hombre en el que paulatinamente se ha ido alejando de Dios, hemos de indicar que la posición cristiana engarza los tres grandes elementos de una unidad teológica y antropológica: Dios-hombre-mundo. Rota esa unidad por cualquier de sus flancos, entonces se da lugar a todo tipo de esquizofrenia cultural que termina en el exceso o en el defecto en torno al secularismo o al sacralismo.

De hecho podemos indicar algunos puntos que nos permiten identificar los escollos de conflicto que se generan hacia el cristianismo en general y hacia la Iglesia Católica en particular, dentro de una sociedad secularizada. Porque no estamos ante una neutralidad respetuosa, en la que todos tienen su derecho y su verdad, y a todos se les posibilita la vivencia íntima y la expresión pública de sus ideas y creencias, sino que se da una inevitable toma de postura, que termina siendo reductora para aquellos a quienes se juzga adversarios o enemigos.

Este es el ambiente o el ámbito, en el que la identidad cristiana trata de seguir alzando su voz, muchas veces en nombre de los que no tienen voz, para acercar una visión de la vida, del hombre y de Dios, que aporte originalmente una cosmovisión de las cosas dentro de un mundo plural, multicultural y multireligioso. De aquí nos queremos acercar a lo que significa la caridad vivida verdaderamente, parafraseando el título de la reciente encíclica de Benedicto XVI. Porque en la caridad queda cifrada tanto la identidad cristiana más genuina, como el camino al que la Iglesia está llamada a vivir en todos los frentes y con todos sus factores. No se trata, pues, de añorar tiempos pretéritos o de adivinar

---

tiempos por venir, sino de situarnos en la coyuntura de nuestro hoy más apasionante y más acuciante, para saber escribir la página que nos corresponde en el libro de la vida, en la historia de la humanidad.

Al hilo de lo que Benedicto XVI ha dicho en su última encíclica, "La caridad es la vía maestra de la doctrina social de la Iglesia", se ha organizado este curso de Doctrina Social de la Iglesia por parte de la Fundación Santa María Nai, que viene a dar continuidad a cuanto en ediciones anteriores se ha desarrollado en torno al concepto cristiano de la comunión. Vendría a ser una precisa concreción precisamente del tema anterior: de la comunión a la caridad. No obstante, señalemos que no se trata de un tema novedoso, porque tiene la edad del cristianismo. Y sin embargo, hay algo de estreno, entre audaz y provocativo, en la intervención del Papa Ratzinger con esta encíclica que nos regaló en junio de este año.

Digamos en primer lugar que se trata de una carta circular (que es lo que significa el término "encíclica"), es decir, un texto que el Papa dirige a todos los católicos y, como se indica en el encabezamiento del mismo, también a todos los hombres y mujeres. Tiene ese humilde género literario: una carta sin más (aunque tenga 136 páginas en la edición oficial), que además se le pone ruedas para que circule de aquí para allá con la intención no pretenciosa de recordar algo importante y de entablar un diálogo con gente de buena voluntad.

En su primera encíclica, Benedicto XVI abordó el gran tema de la caridad como el punto más nuclear y decisivo de la revelación cristiana (Dios es amor, *Deus caritas est*). En una segunda entrega nos invitó a la meditación sobre la esperanza (Salvados en la esperanza, *Spe salvi*). Y parecía que ahora tocaba hablar de la fe, como para cerrar el ciclo de las tres virtudes teologales. Pero no ha sido así, si bien el Papa tiene preciosos trabajos sobre la fe a lo largo de su fecunda producción como teólogo y profesor, además de haber abordado el tema de



la fe (en relación con la razón) en más de una ocasión durante su pontificado.

No obstante, la tercera encíclica que nos ofrece el Papa Ratzinger se llama "Caritas in Veritate" (Caridad en la Verdad), y parte de un texto de San Pablo a los Efesios (4,5). Como Benedicto XVI mismo explicaba en la audiencia del miércoles 8 de julio, «la caridad en la verdad es la principal fuerza propulsora para el verdadero desarrollo de cada persona y de toda la humanidad. Por esto, en torno al principio "*caritas in veritate*", gira toda la doctrina social de la Iglesia. Sólo con la caridad, iluminada por la razón y por la fe, es posible conseguir objetivos de desarrollo con un valor humano y humanizador. La caridad en la verdad "es el principio sobre el que gira la doctrina social de la Iglesia, un principio que adquiere forma operativa en criterios orientadores de la acción moral"» (nº 6).

## 2. La *lex incarnationis*: el realismo histórico de la salvación

Dios no ha querido salvarnos en general, o por medios anónimos, abstractos y a distancia. Él ha querido diseñar una salvación que sea concreta, personal, y domiciliada en el cruce de factores en donde cada una de nuestras biografías se decide a diario. Esta es la "*lex incarnationis*" de la que el Apóstol Pablo habla cuando nos presenta el realismo de Jesús como Dios encarnado, Dios hecho hombre. La historia es maestra de experiencia cristiana en cuanto que es el *lugar* en donde nace, crece y madura siempre el hecho cristiano. Y el primer dato atendible de la historia cristiana es, precisamente, la entrada de Jesucristo en la humanidad: historia eterna de Dios encarnada en la historia de los hombres: «Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva».

En este texto de Pablo se sintetizan los diferentes «realismos» del acontecimiento cristiano contra cualquier intento de reducción: Jesucristo se ha hecho hombre naciendo de una mujer (realismo biológico), en una coordenada religiosa y cultural precisa: la ley (realismo histórico), en un tiempo de plenitud preanunciado y esperado (realismo mesiánico), y con una misión concreta: rescatar al hombre de toda esclavitud para hacerlo hijo de Dios por adopción (realismo teológico-soteriológico). Igualmente, aparece en el evangelio de Lucas esta historia cristiana que da comienzo en Jesucristo, apuntando el adverbio «hoy» para indicar que la salvación y la gracia que viene de Dios, ha sido manifestada como vocación y como posibilidad ante la libertad de los hombres. Es un *hoy* teológico, no simplemente cronológico, porque se refiere a la plenitud de los tiempos mesiánicos; ha aparecido la gracia salvadora de Dios que se nos concedió desde toda la eternidad pero que sólo ahora-hoy se nos ha manifestado en la revelación de Cristo Jesús.

Bien, pues de este realismo se trata en la encíclica *Caritas in veritate*, porque no se queda en una reflexión teórica y abstracta, acaso sólo sugerente para los iniciados, sino que entra enseguida en la cuestión encuadrando este binomio (caridad y verdad) en un cauce que obliga a la concreción: la justicia y el bien común. Efectivamente, «la justicia es parte integrante de ese amor "con los

---

hechos y en la verdad" a la que exhorta el apóstol Juan (1 Juan 3,18). Y "amar a alguien es querer su bien y obrar eficazmente por él. Junto al bien individual, hay un bien ligado a la vida social de las personas... Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja" por el bien común».

Hay una continuidad con otros documentos del reciente Magisterio de la Iglesia, y en esta encíclica se vuelve a retomar, se continúa y se profundiza en todo aquello que representan las cuestiones sociales de vital interés para la humanidad de nuestro tiempo. Pero no estamos ante un manual de soluciones para la crisis, sino ante el recordatorio de los grandes referentes morales y éticos que deberán sostener e iluminar la economía, la política, las nuevas tecnologías, la sensibilidad ecológica y la globalización de nuestro mundo. La Iglesia no desea ofrecer soluciones técnicas a los problemas de nuestros días, sino recordar los grandes principios sobre los que puede construirse el desarrollo humano en los próximos años, entre los que destaca la atención a la vida del hombre, núcleo de cualquier progreso auténtico.

Caridad en la Verdad, y Verdad en la Caridad, para evitar caer en cualquier relativismo que nos lleve a amarnos mentirosamente, o que nos lleve a imponernos una verdad que no sea amable. Porque muchas de las fracturas que se han dado y se dan entre los hombres, provienen precisamente de haber separado la caridad y el amor en contra de la verdad y la justicia.

No en vano, esta caridad hermanada en la verdad que hace de *leit motiv* a la encíclica papal y de frontispicio en este curso de Doctrina Social de la Iglesia, encontró ya en la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, una orientación que nos marca la pauta para esta profundización. Porque en aquella ocasión, no pocos pensaban que el Papa Ratzinger con todo ese cliché que las barricadas extra e intra eclesiales habían dibujado con pinceles como balas en





sus paredones de papel, enhebraría algún argumento complicado, apto sólo para mentes muy iniciadas, abstracto y prescindible, y que no serviría para nada ni iluminaría a nadie. Pero ese sucesor de San Pedro nos ha volvi6 a sorprender, rompiendo nuevamente la imagen que algunos se empeñaron en describir de él antes y después de su elección como Obispo de Roma. No ha escrito su primera encíclica como una vuelta regañona a las nostalgias pasadas de una Iglesia dura y encastillada. No ha querido plasmar especie de manual de la ortodoxia sin entraña. El Santo Padre nos ha sorprendido al elegir como tema para su primera encíclica, el que Dios mismo eligió para revelarnos su secreto más íntimo: el amor. Sí, el amor como el rasgo más bello y más propio del mismo ser de Dios. Así lo dirá el culmen de la revelación judeocristiana tras tantas formas de acercarnos el misterio divino: Dios es amor, Deus caritas est (1 Jn 4,8).

A veces la historia torpemente ocurrida o tendenciosamente inventada, se ha esforzado en separar lo que en Dios está infinitamente unido: Él y el amor. ¡Cuántas falsas presentaciones de Dios por querer contarle sin amor! ¡Cuántas caducas comprensiones del amor al querer vivirlo sin Dios! ¡Cuántos momentos terribles en nuestra historia humana por querer omitir en nuestro cotidiano vivir a Dios y al amor, o por intentar enfrentarlos como si fueran rivales! Las caricaturas de amores falsos que no nacen del estupor ni de la entrega, que no entienden de sacrificio ni de la ofrenda, que no generan alegría sino un fugaz y egoísta contento, han sembrado en nuestro mundo una tragedia de celofán: cuanto más se abarata el amor, cuanto más se lo banaliza hasta la frivolidad, cuanto más se lo reduce a la satisfacción pulsional de usar y tirar, tanto más necesitamos que alguien nos ponga delante la belleza, la dignidad y la exigencia de un verdadero amor, de ese amor para el que hemos nacido y el que reclama nuestro corazón como la más noble exigencia que el mismo Dios ha escrito en él. Por eso necesitábamos que la pluma sabia y profundamente creyente del Papa Benedicto XVI nos volviese a presentar algo conocido, pero tal vez olvidado por no estar suficientemente vivido: Dios es Amor.

No se trata de una definición que nazca de una ocurrencia iluminada o inocente. Es consecuencia de un encuentro personal con ese Dios en cuya amistad descubrimos no sólo que Él es amor, sino que nosotros estamos llamados a ser su dulce imagen, con toda la fuerza, la bondad y la belleza que conlleva parecernos a ese Dios Amor. Porque «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva», dice el Papa al comienzo de la encíclica. Y no como experiencia individual de religión etérea, sino con todas las consecuencias que creer en Dios amor, y ser su imagen y semejanza conlleva.

Porque a veces enfrentarnos absurdamente todo cuanto nos rodea, nos protege y acompaña: Dios, los hombres, la naturaleza, la historia. Son muchas las páginas que hoy podríamos escribir de cómo estamos en guerra abierta contra la creación que se nos hace hostil, contra el hermano que se nos hace enemigo, y hasta con el mismo Dios al que vemos como rival. Ese enfrentamiento externo, tiene una consecuencia interna: la división del corazón. Dios Amor nos revela su secreto y nos permite descubrir el nuestro, para vivir sin desgarrar ni enfrentamiento todos los aspectos de la vida, porque lo que Dios nos pide y espera de nosotros no es algo ajeno al profundo deseo de nuestro corazón. Ir contra el querer de Dios es hacerlo contra nuestra propia querencia, y construir un mundo sin Él es edificarlo inhabitable para nosotros mismos. El Señor es el aliado de lo mejor de nosotros mismos, el “cómplice” más verdadero de nuestra verdadera felicidad.

### **3. Entre las micro y las macro relaciones**

Dentro de este realismo, el propio de la encarnación de un Dios que no es abstracto, hemos de ver el horizonte en el que el Papa Ratzinger coloca la verdad y la caridad frente al relativismo ideológico que destruye la primera y el sentimentalismo hedonista que confunde fatalmente la segunda. Dice en el nº 4 de la encíclica: «En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y un verdadero desarrollo humano integral. Un cristianismo de caridad sin verdad se puede confundir fácilmente con una reserva de buenos sentimientos, provechosos para la convivencia social, pero marginales. De este modo, en el mundo no habría un verdadero y propio lugar para Dios. Sin la verdad, la caridad es relegada a un ámbito de relaciones reducido y privado. Queda excluida de los proyectos y procesos para construir un desarrollo humano de alcance universal, en el diálogo entre saberes y operatividad» (Caritas in veritate, 4).

Esto significa que tenemos un desafío: acertar a sacar las consecuencias que para todo el orden social, cultural, político, no sólo el espiritual y religioso, se deriva de una caridad vivida en la verdad. Es del todo pertinente esa armonía interna que el Papa da en su texto al binomio en cuestión de la caridad y de la verdad. Y apunta a una interesante complementariedad en la presentación de esa unidad intrínseca. Porque la caridad no es sólo inspiradora de todo un sinfín de relaciones íntimas en las que Dios y los hombres pueden estar contemplados, así como tampoco es la herramienta transformadora para cambiar el mun-

do y la historia en lo que tienen de más contradictorio. Benedicto XVI apunta a ambas inspiraciones en lo que él llama las micro y las macro relaciones: la caridad «da verdadera sustancia a la relación personal con Dios y con el prójimo; no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas» (Caritas in veritate, 2).

## 4. De la “muerte de Dios” a los nuevos panteones.

Quienes diseñan una sociedad laica en la que Dios no forma ya de la vida ni de la cotidianidad, creen que el desmontaje de lo sagrado y la tachadura total del nombre de Dios es algo fácil y sobre todo seguro. El gran escritor inglés Chesterton, decía con su acostumbrada agudeza que cuando se ha perdido la fe en el verdadero Dios, no es que ya no se crea en nada, sino que se cree absolutamente en todo.

La idolatría viene proféticamente presentada por lo que T.S. Eliot describe en sus célebres “Coros de la Piedra”: los hombres han abandonado todos los dioses, todos menos tres, que son el dinero, la lujuria y el poder.

Estos tres dioses de los que habla Eliot nos los encontramos en tantos poros de la piel social de nuestro mundo actual. La cultura hedonista fomenta y exalta la entronización de estos tres dioses del dinero, el sexo y el poder. Bastaría asomarse a las aspiraciones de tantos, tantísimos de nuestros contemporáneos, a los círculos que frecuentan, los programas televisivos que les hipnotizan, o las elecciones políticas que jalean y aplauden, para ver cómo ha arraigado esta idolatrización de la vida reduciéndola a esos tres fetiches o amuletos del dinero-sexo-poder.

**a) Valores ideológicos.-** Es frecuente también para describir el mapa de una sociedad secularizada, el recurrir a valores alternativos que vengan precisamente a suplantar los valores anteriores directamente vinculados a una concepción creyente o cristiana de la vida. Normalmente se venderán los nuevos valores en torno a lo que se suele llamar “progreso”, para oponerlos precisamente a todo lo anterior, que inevitablemente se considerará una antiguaya impresentable.

La lista sería muy prolija, y tan sólo me refiero a alguno de estos valores que se nos presentan como mapa de la sociedad secularizada:

**La paz.** Hay muchas clases de paz, y por eso, dado que el cristianismo reconoce la paz en aquella que Jesús nos dio como suya (“mi paz os dejo, mi paz os doy”), tenemos también que estar atentos a qué paz se refieren quienes tanto la invocan en famosos procesos que terminan siendo trampa y demagogia. Muchas veces la paz no se concibe como la ausencia de toda violencia, la que nace del respeto que nutre el amor, sino que se entiende una paz desde la trinchera particular. Una cosa es decir “Sí a la paz”, y otra bien distinta es decir “No a la guerra”. Hay quienes no desean en verdad la erradicación de todas las guerras, de todas las violencias, sino tan sólo las que declaran, sostienen y ganan... sus contrarios políticos.

**La vida.-** Aquí estamos ante otro típico slogan al uso. Se pueden organizar verdaderos simposios sobre las aves protegidas y las especies de fauna o flora en extinción. Se invertirán millones en planes de salvación de las especies más pintorescas y exóticas, de las que se dará puntual información en los medios de

comunicación, pero no despertará el más mínimo interés la problemática del ser humano cuya etapa embrionaria, enferma o terminal, se decidirá eliminarla. Se trata de una vida protegida a la carta, o de una vida con la que jugar a ser dios, con enormes réditos económicos y electorales detrás.

**La educación.**- El término latino *educere* significa introducir en la realidad acompañando a otro. La verdadera educación tiene ese talante lleno de pasión y lleno también de respeto: no impone, no suple, sino que acompaña con verdad para que la otra persona pueda realizar su camino de manera libre y bella, integrando todos los factores que le permiten crecer y madurar. Bien distinto es concebir la educación como un arma ideológica de manipulación, es decir, confundir la educación con la domesticación. Esta patología nada inocente está presente en proyectos educativos que pretenden controlar con fines políticos, económicos y culturales una generación. Hay educaciones que no educan sino que manipulan la ciudadanía.

**b) Insignificación del hecho cristiano.**- Dentro de esa tolerancia pacífica que exhiben los valores de la sociedad secularizada, nos encontramos también ante una realidad más directamente relacionada con el cristianismo: la voluntad de silenciarlo hasta su más completa insignificación pública. Aquí se aplica un ajuste de cuentas político y cultural, por el que al cristianismo se le retira la carta de ciudadanía y se le obliga a ser un inmigrante sin papeles e indocumentado. La condena a la irrelevancia social adopta medidas claramente hirientes y excesivas, que inculcan derechos fundamentales aunque se disfracen tales medidas con ropajes de progresía y modernidad. Podríamos citar el acoso mediático y político cada vez que la Iglesia se manifiesta posicionándose ante un hecho desde un juicio moral: que se callen, quién les ha pedido parecer, que no hagan política, que interfieran en la marcha de un estado laico, etc., son las consabidas frases que una y otra vez se oyen.

Se pretende que la Iglesia no salga de su reducto clandestino, confinando a los cristianos a catacumbas privadas con forma de sacristía. Pero que la fe no salga de ahí. Y no sólo en el presente, patentemente censurado, sino incluso en el pasado de los dos mil años de occidente, cuyas raíces cristianas también se las quiere ningunear.

## 5. **Id al mundo entero y anunciad una buena noticia**

No estamos en un clima en donde el cristianismo permea una sociedad que en el respeto de la legítima autonomía de las cosas temporales, y en el respeto de las personas que pudieran no compartir nuestros postulados creyentes y todas sus derivaciones, se la deja existir y se la reconoce. Ante esta perplejidad de un tratamiento hostil que sufrimos los creyentes a título personal y a título institucional, pueden sobrevenirnos varias tentaciones: nostalgia de los tiempos pasados, tristeza de los tiempos presentes, desesperanza ante los tiempos futuros.

Siempre es útil conocer la historia cristiana, tan rica en avatares y experta en humanidad, una historia que también ha conocido gracias y pecados, y que de todo ello puede aprender. Pero de estas tres tentaciones, cabe decir lo que Jesús nos dijo al enseñarnos a rezar con su propia oración, que Él nos libre del maligno y que no nos deje caer en la tentación. Porque ni mirar para atrás con nostalgia, ni mirar el presente con tristeza, ni mirar el futuro con desesperanza nos ayudará a descubrir el reto y la llamada que se nos hace hoy y aquí a los

cristianos.

Por eso pueden ayudarnos otro tipo de actitudes que son las que propongo como postura madura ante una sociedad secularizada:

**a) Experiencia personal de la fe.**- Solamente podrán caminar sin caer en estas tentaciones dichas, quienes descubran la dimensión personal de la fe. Porque corren tiempos recios (Sta. Teresa) se precisa también una espiritualidad personal, la que nace de un encuentro con el Dios vivo que sabe mi nombre, mi domicilio, mis alegrías y mi pesar. Un Dios al que le importa mi vida, para el que no soy anónimo, y que como dice bellamente el profeta, lleva mi existencia tatuada en la palma de su mano.

No sirve un cristianismo "tapaagujeros" para algunos momentos de la vida en los que se necesita un particular consuelo como quien se agarra a un clavo aunque éste arda; no sirve un Dios "extintor", al que sólo se acude en caso de incendio. El encuentro personal con Dios, como vemos que sucedía con Jesús y las diferentes personas con las que Él se iba topando cada una con su historia y circunstancia: Mateo y sus recaudaciones, Pedro y sus afanes sin más horizonte que las redes de cada día, Magdalena y con sus historias y debilidades, Zaqueo con sus robos, la Samaritana con su sed y sus trampas, Nicodemo y sus inquietudes, la viuda con sus lágrimas... Con todos se encontró Jesús, y a todos y a más les dijo algo para su bien.

No basta una fe prestada. Hay que descubrir a quien de modo personal nos ama y nos llama.

**b) Descubrir el sentido comunitario de la fe.**- Pero el cristianismo, por más que nos lo quieran arrinconar no es una religión privada e intimista. Tiene también una dimensión comunitaria, que se expresa en tantos gestos que nos constituyen y nos reclaman como Iglesia. Allí donde cada uno puede hacer un camino, allí donde cada cual ve que crece y madura en su fe, debería permanecer con gozo y gratitud. La Iglesia tiene muchos caminos, cada uno con su matiz, su subrayado, su espiritualidad. Es preciso, pues, encontrar el camino de cada uno, aquel que sea más adecuado a nuestra situación o idiosincrasia personal.

**c) La comunión real y filial con la Iglesia.**- Se trata de uno de los temas que más agudamente marcan nuestro momento cultural e histórico. Hoy la Iglesia es el test, el punto de discernimiento, de si estamos haciendo el camino cristiano que Jesús nos propone, o estamos haciendo nuestro chiringuito progre o carca, utilizando algo de la jerga cristiana. Como los mejores santos han hecho, estamos llamados a ser hijos de Dios, hijos de nuestro tiempo e hijos de la Iglesia. Son tres filiaciones que nos dan el perfil auténtico de quienes quieren vivir sin desgarros y sin parcialismos su fe cristiana en el surco de la historia que le ha tocado vivir.

Esta comunión pasa por una adhesión a la Tradición cristiana (a no confundir nunca con los tradicionalismos) y al Magisterio de la Iglesia. Es sintomático el que a veces, quienes más se alejan o atacan desde dentro esa Tradición y ese Magisterio, son implacables a la hora de imponer su particular tradición y magisterio. La objetividad de la fe eclesial nos permite adherirnos a una realidad que tiene más riqueza y que está más contrastada que cuanto una persona o grupo particular puedan pretender en sí mismos.

**d) La oración y los sacramentos.**- Es otra modalidad que cruza las mil páginas que los cristianos hemos ido escribiendo en nuestros dos mil años de historia. Buscar el rostro de Dios cada mañana, como dice el *salmo 16*, buscarlo

también en los santos, como indicaba la *Didaché*, ofrecer la jornada al despuntar el día y saber rendirla agradecidamente al atardecer. Iluminar nuestros pasos con la Palabra de Dios y nutrir nuestro corazón con aquello que sacia todas nuestras hambres en el pan de los sacramentos, particularmente el de la Eucaristía y el de la Penitencia o Confesión.

Una vida desnutrida, no podrá mantenerse en pie, ni caminar largo, cuando los senderos arduos que una sociedad secularizada nos impone, arrojan desgastes que no se tenían en otros tiempos de bonanza social.

**e) Una presencia pública decidida.**- No podemos estar en este confinamiento de catacumbas al que se nos quiere someter. No significa que haya que organizar barricadas, pero sí saber dar razón de nuestra fe y nuestra esperanza. Para lo cual, lo primero que se nos pide es tener una formación cristiana adecuada (a nuestra edad, circunstancia y responsabilidad). Hoy no podemos dar determinadas batallas desde una ignorancia religiosa y teológica incomprensibles.

Cuando hablo de "batallas" me refiero a que tenemos que salir a la palestra: si la vida está en entredicho, si la paz está manchada de terror, si la banalización hace frívola nuestra sociedad, si por doquier se erigen extraños santuarios en donde adorar a esos dioses a los que antes nos referíamos (dinero-sexo-poder), si los pobres de todas las pobrezas se los elimina porque sus pateras estorban nuestros puertos de lujo, etc., entonces la presencia pública cristiana debe saber ofrecer un juicio sobre la realidad que sea al mismo tiempo denuncia y anuncio.

Lo que Juan Pablo II ha llamado sugerentemente "areópagos", es decir, los lugares en donde hoy la vida de tantas personas y pueblos se decide, debe estar presente también la voz de la Iglesia. Por eso la vivencia cristiana en una sociedad secularizada tiene también este marchamo: su presencia apostólica y militante en la plaza, en la política, en la escuela, en la sanidad, para seguir haciendo un tejido cultural que permita poner la luz del Evangelio no bajo el celémín de la clandestinidad, sino en el candelero de la historia.

La identidad cristiana tiene esta vocación profética en un mundo secularizado: ser la voz de cuantos no tienen voz, y ser la voz de Dios ante quienes por egoísmo e ideología se quedan sordos. La caridad en la verdad y la verdad en la caridad nos permiten expresar esta identidad, contribuyendo desde nuestra tradición creyente y desde la cultura que hemos ido generando en el correr de los siglos, a que este mundo sea lo más parecido a como Dios lo quiso y a como lo anhela nuestro corazón.

Ourense, 2 diciembre de 2009